

019A203

DISCURSO

*pronunciado por el Pbro. Dr. y Prof. Manuel Montaner Salazar,
Director del Instituto Pedagógico, en el Acto Académico de Gra-
duación de la Promoción de Profesores "Andrés Eloy Blanco".*

Manuel
MONTANER SALAZAR

Precedida de la ficha bio-bibliográfica del orador, en la entrega N° 3 de este "BOLETIN", correspondiente al mes de septiembre de 1958, dimos cabida al discurso que pronunciara, en la oportunidad del Acto Académico de Graduación de la Promoción de Profesores "Rómulo Gallegos", el Pbro. Dr. y Prof. MANUEL MONTANER SALAZAR, Director del Instituto Pedagógico.

Vuelve hoy a las páginas de nuestra publicación la firma de tan destacado colaborador, con otra importante pieza oratoria, la que pronunció para clausurar el Acto de Graduación de la Promoción de Profesores bautizada un julio pasado con el nombre del Poeta del Pueblo Venezolano, Andrés Eloy Blanco.

El mismo entusiasmo con que acogimos en nuestras páginas aquella primera oración nos embarga hoy al insertar, de seguidas, la segunda, por cuanto se trata de un enjundioso trabajo, pleno de densos y nobles conceptos, realizado con el pulcro estilo que caracteriza la prosa del Dr. Montaner Salazar.

Al acoger en las páginas de esta revista el discurso de referencia, la Dirección y Redacción del "BOLETIN" del Departamento de Castellano, Literatura y Latín del Instituto Pedagógico, hacen propicia la ocasión para testimoniar al Dr. Montaner Salazar su emocionado agradecimiento por tan distinguidas colaboraciones.

R. P-D.



Señor Representante del Señor Ministro de Educación;
Señores Directores del Despacho;
Señores Miembros del Consejo Académico del Instituto Pe-
dagógico;
Señora Lílina Iturbe de Blanco;
Señores familiares del poeta Andrés Eloy Blanco;
Señores Profesores del Instituto y Profesores invitados;
Señores Neo-Profesores de la Promoción "Andrés Eloy Blanco";
Señores... Señoras...

SABIO Y REPUBLICO

Ha dicho un gran escritor que el ideal es alma de la vida, que sin su llama poco o nada significa la existencia humana. En virtud de ese principio se ha hecho general la costumbre de poner por delante a cada promoción, como un hito en que deben culminar todas las aspiraciones, a una figura señera en nuestra historia, que encarne en sí el conjunto de principios que inspiran la razón de ser de una vida dedicada, como la nuestra, al bien de los demás.

Entra hoy a esa galería de paradigmas inmortales un nombre que no es la primera vez que aquí se aviva con ansia, pues está sembrado, como a lo largo y ancho de la Patria, en nuestras

aulas, e irradia bajo el velo del recuerdo, a través de nuestras paredes inmantadas con su luz de acendrado saber sin aspavientos, el decidor ejemplo de su actitud modesta sin esguinces; de su personalidad, esencia de equilibrio, que ante la acritud de las disquisiciones aflora como un remanso y en las horas de angustias de las pruebas finales infunde seguridad en el pulso y extiende rieles francos ante la palabra que no se acierta a decir en la apremiante emoción de todo examen.

Lo recuerdo como si lo estuviera viendo. Es una mañana clara de julio. En los corredores, poblados de voces, se afilan los rostros en que se dibuja la vigilia y tiemblan al ritmo del tic-tac de la incertidumbre ante el fracaso o el éxito. Suena la hora terrible y comienzan a distribuirse entre tres mesas, al estilo de la época, los miembros de los diferentes jurados. En la que es hoy la Sala de Profesores está el de Literatura. Son sus miembros el célebre literato alemán Ulrich Leo; el profesor de la materia, nuestro notable ensayista Picón-Salas; y el sublime poeta, Andrés Eloy Blanco. El examen ha seguido su curso normal: alumnos que entran y que al salir son abordados, caras toscas y plácidas y, al borde de la puerta, el remolino de estudiantes que consultan, comentan y esgrimen sobre la sala, el filo de sus miradas inquisitoriales.

Terminado el último, la espera natural de los resultados se prolonga. El jurado discute, los alumnos se apiñan angustiados. Se cierra la puerta y el tono de las voces se oye adentro cada más elevado. Cunden las mil conjeturas entre los estudiantes; pero al fin se disipan, porque al abrirse de nuevo la puerta y repartirse las boletas, no había aplazados. No obstante, ¿qué había sucedido? Se supo después... Sobre un alumno que había pasado en la escrita con veinte puntos, Andrés Eloy, efectuada la oral, cantó veinte, veinte cantó también el profesor de la asignatura; pero el literato tudesco se detuvo en diecisiete. El resultado habría sido más o menos lo mismo. Pero nuestro poeta no estaba conforme con ese diecisiete e indagó: "¿Cómo es posible que un alumno que haya tenido en la escrita veinte, a quien su profesor le ha calificado con veinte, que yo le juzgué merecedor de veinte, haya obtenido con usted tan sólo diecisiete?". "Precisamente, contestó el interpelado, porque ha estado muy bien, le doy diecisiete". "Pues, si su juicio sobre la prueba ha sido de excelente, usted debe ponerle, replicó Andrés Eloy, veinte". Después de una larga discusión, el examinador aludido

expresó: "Es que tengo por norma que el mejor alumno merece 17, 18 el texto y 20 el profesor". A lo que contestó nuestro poeta: "Si así es la cosa, vamos a transarnos: pero como existe una Ley de la República que establece que la calificación oscila entre el uno y el veinte; y como esa ley no califica al texto ni al profesor, elevemos su norma haciendo que el mejor alumno tenga 20, 21 el texto y el profesor de la materia 22. Consiguientemente su norma no se deprime, sino se exalta, y todos cumplimos la Ley poniendo 20 al que se lo merece".

Señores, se ha dicho que para los grandes hombres no existen detalles. Con ese gesto, al parecer nimio, Andrés Eloy se consagró en el Instituto Pedagógico como el Sabio Justo, adornado a la vez de un espíritu eminentemente republicano, ya que el respeto a la Ley es el alma de la República.

EL ORFEO DE NUESTRA HISTORIA

Ha dicho Mantovani: "Cualquier tarea educativa, esencial o elemental, debe tener como camino y mira la unidad e integración del hombre. Esta no se puede resolver en la sola articulación de los elementos de interioridad subjetiva, sino en la conexión de la misma con la imagen y los principios de la cultura objetiva. Una educación verdadera no concibe fragmentos de hombre de espíritu, ni de cultura, sino seres integrados, unidad de saber y de cultura orgánica".

Precisamente, la ausencia de ese contenido de que habla el insigne maestro de la Pedagogía americana, o la desvirtuación de sus postulados, ha hecho la crisis de la educación en todos los tiempos, cuando los planes de estudio no están concebidos sino con un criterio formalista.

Existe en los pueblos una actitud mesiánica que los hace estar siempre en espera del profeta que ha de venir. A veces esa aspiración se frustra; pero cuando llega el verdadero, el que es sangre de su sangre y hueso de sus huesos, hay tal compenetración y entrega, que parece que el pueblo es un cuerpo sin alma cuando no lo enciende el entrañable y candente verbo profético, o éste es un eco vacío cuando no da con el pueblo. Nadie ha significado este hecho con tan profunda vitalidad creadora como la



Momentos antes del Acto Académico, en la Sala d: Profesores, posan altos funcionarios del Ministerio de Educación y del Instituto Pedagógico. De izquierda a derecha: Prof. Ramón Piña-Daza, Prof. Salvador Iribarren Mujica, Sr. Arturo Croce, Prof. Benjamín Mendoza, Pbro. Dr. y Prof. Manuel Montaner Salazar, Prof. Luis Solares Pérez, Prof. Víctor Hugo Manzanilla, Prof. Sergio Tovar y Prof. Pablo Vila.

alada mente del pueblo griego bajo el símbolo de Orfeo. Narra una de las leyendas, con que se ha querido explicar el origen de la sociedad, que en un comienzo los hombres vivían en la barbarie y que, seducidos por la inefable flauta de Orfeo, fueron abandonando sus hoscas costumbres, sus instintos de odio, sus luchas destructoras, hasta convertirse en un cuerpo compacto en que todos y cada uno soñaban por el bien de los demás.

Señores: existe una ley sociológica que se denomina de la integración y desintegración. Es la de la lucha de los elementos disolventes que amenazan con la vida de cada cuerpo y la de las fuerzas que estimulan su conservación. Si a la luz de esa ley observamos nuestra historia, podríamos comprender que existe entre nosotros un como resabio de ancestros no bien aglutinados, ímpetus desencadenados de fuerza que nos hacen ver los unos a los otros con recelo y que parecen no tener otro anhelo que el de conducirnos a todos a la barbarie. De aquí esa sed de dominio, ese querer aherrojar el pensamiento de los demás, ese dolor lacerante, fuerte voz del contraste entre la felicidad de unos pocos y el llanto, el desamparo y la zozobra, de la generalidad. Ante esa realidad Andrés Eloy fue nuestro Orfeo que sepultó en el mar como para extinguirlo aún en la memoria, los grilletes de un pasado infame; sembró a lo largo de riscos y praderas los pasos de "Luz Caraballo" para ahogar el baldón en la clara esencia de la ternura humana; enarboló en "La Juana Bautista" el derecho del pueblo a no ser sojuzgado; afeó en el "Palabreo de la Recluta" el mandonerismo insaciable; repuso la fe en el sacrificio y el trabajo constante a través del rayo de amor de su "Hilandera"; recriminó en sus "Angelitos Negros" las necias discriminaciones sociales y proscribió el aguijón del odio colocando en las angelicales manos de sus esperanzadores hijos, el más uncioso legado al pueblo venezolano:

"Por mi ni un odio, hijos míos,
ni un solo rencor por mí.
No derramar ni la sangre
que cabe en un colibrí,
ni andar cobrándole al hijo
la cuenta del padre ruín".



El graduando Simón Sánchez Silva pide solemnemente al Representante del ciudadano Ministro de Educación, Prof. Benjamín Mendoza, Director de Educación Secundaria, Superior y Especial del Ministerio de Educación, otorgue el Título de Profesor de Educación Secundaria y Educación Normal a los integrantes de la Promoción "Andrés Bloy Blanco".

AL ENCUENTRO DEL HOMBRE

Si para todo venezolano nuestro insigne poeta constituye un estímulo constante de superación, nadie como el educador de juventudes ha de ver en él su numen inspirador, por cuanto su vida toda es el conjunto de los tres elementos que a juicio de los más ilustres maestros en el campo de la Pedagogía forman la razón de ser del proceso educativo: la información, la individualización y la espiritualización.

Por el primero de esos elementos el educador ha de tratar de hacer del adolescente, no un diccionario ambulante, sino un ser consciente de los valores culturales que son vida de su vida y a través de los cuales, a decir de Girard, "engrandeciendo el cielo aprende en todo momento a engrandecer el espíritu y el corazón".

Generalmente el valor de la información, que es como el primer aliciente de la personalidad, se desvirtúa por dos motivos: o porque los conocimientos escogidos no son los que corresponden a la ley de los intereses de los educandos, o porque, por falta de pericia de parte del educador, "se rompe el vínculo que debe existir, como expresa Witehead, entre el conocimiento y el gusto de vivir, haciendo al hecho científico carga de la memoria y no el factor de energías, cual poeta que es de nuestros sueños y arquitecto de nuestros propósitos".

Cuando estos obstáculos desaparecen, la información obtiene sus objetivos, cuales son: infundir en el adolescente el sentido, el respeto y el amor por la verdad; formar en él la conciencia objetiva de los fenómenos y de las leyes que lo rigen, independientemente de nuestra imaginación o de nuestros deseos; dotarlo de la convicción de que la objetividad de tales leyes tienen un fundamento en la estructura física del universo y que consiguientemente los criterios científicos valen para todos los fenómenos del mundo físico y sólo para ellos; formar en él el criterio de que además del campo estrictamente científico, existe para la sociedad una serie de valores que son como la vida o el alma de su propio ser.

Pero con todo el valor que posee la información en la empresa educativa, ella no constituye el todo de la formación humana. Pretender que el hombre sólo ha de corresponder a la conformación cultural de la sociedad en que vive, es minar en sus bases la



El Profesor Benjamín Mendoza, Director de Educación Secundaria, Superior y Especial del Ministerio de Educación, en representación del ciudadano Ministro, hace entrega del título y felicita a la recién graduada Profesora Astrid Natera.

subsistencia de la sociedad, ya que en el mundo social, como en el individual, rige la ley de que "quien no adelanta retrocede".

De allí la necesidad de otro elemento en el proceso educativo: la individualización.

Cada hombre lleva consigo un bagaje de emociones, sentimientos, esperanzas, ideas y ensueños, que son en gran parte frutos del grupo en que le ha tocado vivir. El ser humano los cree esencia de su esencia, su propia vida, y se encariña con ellos hasta convertirse muchas veces en estatua de piedra, encantado por las voces de esos ídolos. Pero basta una circunstancia cualquiera para que surja de adentro una luz de reclamo, empeñada en buscar el propio camino. Es el caso de la metamorfosis sufrida por Goethe al sentir que se desmoronaba en su interior un mundo viejo ante el esplendor del Mediterráneo que entraba por sus pupilas, haciéndole descubrirse a sí mismo y semejante al fénix, Roma que surge de su tumba cada dos mil años para comenzar a subsistir de nuevo, siente que del fondo se erige un nuevo ser no presentido y exclama:

*"Como en el día que te dió al mundo,
El sol salió a recibir el saludo de los planetas,
Has crecido al instante más y más,
Según la ley bajo la cual entraste.
Así tiene que ser, de tí no puedes escaparte,
Así dejaron ya sibilas y profetas;
Y ningún tiempo ni ningún poder destruye
La forma acuñada que se desarrolla viviendo".*

Es la liberación, la afirmación de la identidad de las esencias a través de la multiplicidad de las formas, es la expresión de la ley de lo individuo y continuo de Leibnitz cuando, como de la oruga el capullo, surge de las conexiones imperceptibles, lo individual.

En el proceso educativo, así como de la información, se origina el adiestramiento por asociación en virtud del cual el ser se adapta a un medio cultural dado, reproduciendo en sí los modos de conducta, del sentir y del pensar, ya probados de acuerdo con los cánones de la tradición, de la misma manera se impone, a fin de que la sociedad no se estanque, el surgir de la acción liberadora de lo que hay de singular, de único, en cada ser humano, como emerge de las aguas el busto del nadador.



El graduando Carlos Esteves Moreno recibe de manos de la Sra. Lijina Iturbe de Blanco, viuda del poeta Andrés Eloy Blanco, su título de Profesor.

Constituye ese hecho el anhelo no sólo de los poetas como Paul Haise que va en busca de la voz que no se haya oído nunca en una sociedad estereotipada, sino de los grandes educadores que no entienden que se puede hablar de una labor verdaderamente educativa, si ella no tiende a la afirmación del hombre como individuo o, como ellos mismos expresan, a la liberación.

Entre los sostenedores de ese criterio se destaca, como el que más, Ferriere. El parte de la ley del impulso vital o, lo que es lo mismo, de la voluntad de vivir que alienta en lo profundo de todo ser humano como necesidad prepotente de conservar su existencia y de superar todas las dificultades que impidan las conquistas superiores del espíritu, de la belleza y del mundo ideal. Por imperativo de esa necesidad interior, el hombre asciende, en medio de la lucha, entre la intuición y la inteligencia, el sentimiento y la voluntad, hasta llegar a la afirmación de aspiraciones profundamente humanas y universales que se compendian en la razón, o más que en la razón, por la suspicacia que pueda despertar esa palabra, en la sabiduría como dinamismo inmanente.

Con es planteamiento no sólo otea la Pedagogía, en el aspecto que nos incumbe, horizontes más certeros, sino que el educador se siente notablemente estimulado, porque ante la concepción del gran pedagogo ginebrino no asistimos a la voluntad de poder de Nietzsche, la cual, antes de concurrir al verdadero progreso de la humanidad, no es más que la supeditación de la vida racional a la fuerza, la ruptura de la armonía por el caos, el despojo servil de los genuinos valores humanos ante la estatua sin luz del egoísmo egocéntrico; no tratamos de definir la autonomía existente entre la autoridad y la libertad; no nos empeñamos en supeditar las fuerzas heterónomas a la autonomía ilimitada, sino que nos detenemos ante un canto a la vida, la cual, desde la hora en que despierta, marcha hacia la conquista de la razón, como supremo anhelo del espíritu, no para destruir sino para crear, no para deprimir al hombre sino para enaltecerlo, sembrando en él la convicción de que, así como las nubes no anulan el esplendor sideral de los espacios, así no hay tristeza que sea capaz de extinguir la alegría de vivir cuando cada uno lleva dentro de sí su propio cielo.

Al tratar del último elemento de los ya nombrados y que conjuntamente con la información y la individualización íntegra, culminándolo, el proceso educativo, no puedo resistir a la idea de



A nombre de los integrantes de la Promoción "Andrés Eloy Blanco" hace uso de la palabra el graduando Ismael Jesús Rodríguez.

asociarlo a un tema religioso que, de haberse vivido en su intensidad no habrían existido tantas defecciones en el Cristianismo.

Enseña la Teología que Dios es Poder, Sabiduría y Amor. Así ha definido el Cristianismo, en la subsistencia de tres relaciones distintas, la unidad de una sola naturaleza, el dogma de la Trinidad. Ese dogma, que impregna todo el aporte de la religión cristiana a la civilización, encierra como la aspiración de todos los órdenes, el viaje trascendental del universo hacia Dios.

Sea que nos detengamos en la materia considerándola en sus dimensiones, estados fluidos que la penetran o reinos que la diversifican; sea que contemplemos el rayo luminoso en sus colores fundamentales; sea que tratemos de traducir la armonía en sus escalas básicas; o sea que nos remontemos a los mundos superiores, en todas partes encontramos la ley de la triple multiplicidad hacia la unidad.

Cuando Bertrand Russel, nada escrupuloso, trata de resolver la antítesis entre individuo y sociedad, recaba de la frase bíblica "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza"; que el ser humano no puede obtener su plenitud, si a sus atributos de inteligencia y poder, que le otorgan el conocimiento y la fuerza del progreso, no añade el del amor que, vinculándolo a sus semejantes, lo hace ascender hasta Dios.

De esta manera coincide el reputado filósofo y sociólogo inglés con una serie de educadores cuando, al examinar el último elemento del proceso educativo lo ponen en lo que ellos denominan la espiritualización, esto es, la aspiración que lleva al hombre, no a reconcentrarse en su egoísmo, sino a hacer la gran armonía de la multiplicidad social por medio del amor.

Así el gran pedagogo suizo Mayland, comentando aquellos versos del Fausto:

*"Si cuanto has heredado de tus padres
quieres poseerlo,
debes ganártelo",*

exclama: "estos versos sugieren, con una feliz expresión, el tercer elemento de la educación, en el cual se manifiesta una profunda unidad: la ascensión al plano de la vida espiritual, es decir, la espiritualización.



Promoción de Profesores "Andrés Eloy Blanco".

Aquello que era exterior se transforma en interior y viceversa. El individuo responde a su vocación genérica realizando su propio ser, realiza en sí mismo el ser de la humanidad".

EPILOGO

Neo-Profesores de la Promoción "Andrés Eloy Blanco": el nombre con que desde aquí saldréis a la calle en ejercicio de vuestra profesión, os evoca la augusta personalidad que proclamó a las claras, en todos los tonos, que el hombre no es tan sólo inteligencia, que como las mónadas de Leibnitz haya de reflejar el mundo físico; que el hombre no es tampoco poder infructuoso y altanero; que el hombre es, sobre todo, amor, amor que, conjugando a uno con todos y a los demás con uno, sepa hacer la armonía del propio pueblo y concurrir a la armonía universal.

Porque no hemos tenido en cuenta esos principios, por eso hemos sufrido tantas horas menguadas en nuestra historia y que a los educadores no les toca llorar, sino reparar.

Dichosos vosotros que al partir de esta casa que ha tratado en todo momento de reclamar de sus alumnos el valor de la responsabilidad precedido por el nombre de quien, hombreándose ante todas las circunstancias, supo hacer suyo el dolor de su pueblo y lo esclareció a través de todos los caminos con la austeridad de su vida, la ecuanimidad de su justicia y el gesto jamás desmentido de eminente ciudadano.

Como premio de sus inclitas virtudes corrió el mismo destino de nuestros hombrs sublimes, haciéndose grande entre los grandes.

No volvió él a la Patria como lo habíamos anhelado todos, viviente. Pero la Patria recoge hoy su espíritu y, al insuflarlo sobre vuestra promoción, os está diciendo con el tono solemne de las grandes horas:

"Id a formar hombres, no fenómenos, a fin de que se extinga para siempre en Venezuela el malhadado sino de que

*El hijo vil se le eternice adentro
y el hijo grande se le muera afuera".*